

LADISLAO GRYCH

EL SEÑOR VIENE ⁽²¹⁾

Por los tiempos que vienen.
Por los que salen al encuentro con Juan.

Siento como si alguien me llevase por el camino de vivenciarlo en mi corazón, y no sé escribir otra cosa, sino tan sólo ésta; así que estoy con mi Juan, tan pequeño y tan grande; ¿a quién le serviría?

PREFACIO

Escribo sobre Juan el Bautista, como lo hice de Moisés y de Elías, y parece que mi corazón me urge.

Hoy, es el día de Juan; he comenzado a escribir sobre él, y deseo seguir hasta la profundidad que me lleva mi espíritu, y por lo que podría ser Juan el Bautista para nuestros tiempos; en este día, levanto mi mirada para poder recorrer los pasos de Juan; si el Señor me inspira, que sean también inspirados para aquellos que desean encontrarse con Juan, aún antes de que descubran a Jesús en sus vidas.

Sarandí del Yí, 24 de junio de 1994

1. EL GRITO DESDE EL DESIERTO

a. FUE AL DESIERTO

"Era el año quince del reinado del emperador Tiberio. Poncio Pilato era gobernador de la Judea. Herodes estaba a cargo de la provincia de Galilea, su hermano Filippo a cargo de Iturea y de la Traconítide, y Lisanías a cargo de Abilene. Los jefes de los sacerdotes eran Anás y Caifás. Ese fue el momento en que Dios dirigió su palabra a Juan, hijo de Zacarías, que estaba en el desierto". Lc 3,1-2

¿Cuánto tiempo llevas en ese lugar, aún lejos de aquellos que desean vivir en medio de las muchedumbres?

¿Por qué elegiste esa tierra solitaria, casi vacía de vida?

¿Quién te hizo elegir ese camino?

Tu vida fue distinta; entonces, ¿por qué fuiste al desierto?

¿Cuánto tiempo hace que estás, qué es lo que buscas?

¿Estás esperando del Señor, tan grande en tu vida?

Tus padres oran y presentían que tu vida era grande ante el Señor; viniste al mundo, cuando no te esperaban y los brazos ya estaban bajando, cansados de clamar.

Fuiste una gracia para tu familia y para tu pequeño pueblo que, en aquel entonces, participaba de lo que sólo presentía, aún sin ver lo que esperaba, y qué era lo que te esperaba en la obra del Señor; a todo eso aún lo guardabas en tu corazón desde tu infancia temprana; así ibas creciendo en la gracia.

¿Cuándo fuiste al desierto?

¿Alguien te indicó que debías hacerlo, o es que tu corazón, casi sin saber por qué, se dejó llevar por la gracia del Señor? Y llegaste hasta allí; ¿quién sabría más de tu vida, y quién podría decir más de ti, de tu llegada al desierto?

Hubo alguna vivencia que te llevaba; no sé si comprendías

todo, cuando emprendías tu camino; no sé si te ibas, o la vida te llevaba; pero es cierto que debías llegar hasta allí; y si la vida te había llevado, con seguridad ibas hallando el camino del Señor, más allá de tu búsqueda y de tus opciones.

Porque estabas en las manos del Señor.

¡Cómo me gustaría saber vivir la hora, cuando emprendías tu camino, cuando te retirabas de tu familia unida al Templo! Te ibas como buscando nuevos vientos en ese tiempo que se prestaba para muchas cosas; ¿acaso, no hallabas el lugar que habías buscado en el camino del Señor, a esa hora de tu vida, mientras tus padres piadosos vivían en medio de un Dios tan grande?; ¿te ibas buscando nuevos vientos o el mismo viento te llevaba?; ¿sabías adónde te llevaba ese viento misterioso, o es que sólo sabías que debías irte?; pues el Señor te iba llevando.

Presiento que el Señor en aquel tiempo, iba inspirando de distintas maneras; quizás, había otros que iban al desierto y por alguna razón lo hacían, por lo que presentían en medio de los vientos; porque llega la hora, y se abre como el río de los que caminan hacia el desierto; si aún no ven que el Señor les llama, les llama el desierto; eso vale en el Proyecto del Señor.

En medio de los caminos de aquellos que iban al desierto, en un tiempo de búsquedas, de presentimientos, hubo el camino del Señor, iluminado en aquel tiempo de la historia.

El camino se iba abriendo; si bien, no siempre sembraba una luz clara, igual fue como una apertura hacia lo importante; el Señor integra los pensamientos de muchos, en medio de una luz que aparece cuando es su tiempo; y el pueblo vive ese tiempo, como una inquietud por lo que va a venir.

El Señor obra desde hace tiempo, en el desierto; es su lugar, esta vez privilegiado, desde donde vendrá la voz.

Algún día, la gente saldrá a escucharla y deberá llegar allí; pues, en aquel lugar, la pueden escuchar bien.

No podrían escucharla en medio de las muchedumbres de los pueblos que han logrado un modo de vida lejos del Señor.

El Señor envía a Juan que se queda en el desierto; aún no sé por cuánto tiempo, para que su corazón crezca, y el Señor se haga grande en su vida.

Llegará la hora y la voz se abrirá; será potente, moldeada por el Señor en medio de los vientos del desierto que, en algún momento, logran sintonizarse con los vientos del Señor.

Entonces será la gran hora de la gracia; y la voz será potente; será la voz del mismo Señor, allí en el desierto.

¿Sabrá Juan del tiempo del Señor, del día cuándo comenzar la tarea?; él presiente que la hora está por llegar, y cuando deba saber el día, lo verá; por hoy, está allí, no es un tiempo inútil.

El Señor moldea su corazón, para que pueda gritar, hallado en el Corazón del Señor; en esa tierra, donde el hombre por fin, escucha al Señor.

Luego de tanto tiempo de no dar importancia a la Palabra del Señor, esta vez, habrá gente que le responderá; y Juan sabrá cuándo empezar a hablar al pueblo.

b. EMPEZÓ A PREDICAR

"Juan empezó a predicar su bautismo por toda la región del río Jordán, diciéndoles que cambiaran su manera de vivir para que se les perdonaran sus pecados. Así se cumplía lo que está escrito en el libro del profeta Isaías: 'Escuchen ese grito en el desierto: Preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos. Rellénense todas las quebradas y aplánense todos los cerros. Los caminos con curvas

serán enderezados, y los ásperos suavizados. Entonces llegará la salvación de Dios y todo mortal la contemplará." Lc 3,3-6

Parece que el bautismo de Juan no es sólo un gesto que habla de la conversión, sino más bien, llega a ser el rito que toca muy hondo el corazón humano.

El agua depura el cuerpo, se proyecta en la pureza interior, y el tiempo es testigo de la pureza cada vez más transparente. El Señor obra para que el espíritu se halle en Él, quizás para siempre, pues Él desea hallar la primera pureza en el hombre.

No sé cómo entender el bautismo de Juan, pero la gente, al recibirlo, vivía un cambio que le llevaba por un sendero; y el Señor iba manifestando su poder por medio de Juan pleno del Señor; por su fuerza interior, la Vida del Señor descendía para aquellos que esta vez, llegaban a Juan; hubo vivencias muy fuertes que Juan transmitía, y cuando la gente recibía el bautismo, presentía la Gran Gracia del Señor.

¿Hasta qué punto, el bautismo de Juan, el agua y aún su presencia que viene del Señor, fueron un tiempo sagrado para poder anunciar el perdón?; ¿hasta qué punto, el anuncio tocaba los corazones de los creyentes que venían, y qué es lo que pasaba en aquel tiempo cuando Juan bautizaba?

Si bien el agua fue importante, creo que muy importante fue él, que llevaba la gracia del Señor; y como los que venían la presentían, aún respondían y aceptaban el bautismo.

Seguramente, en el río Jordán, se vivía el Misterio; es que la gente acostumbrada a vivir según los preceptos del Templo, empezaba a vibrar ante la gracia que llegaba con tanto poder a los corazones; la gente empezaba a presentir la grandeza del Señor en un hombre del río y del desierto; la mayoría no venía por otra cosa, sino por la gracia que llegaba por medio

de Juan, quien actuaba en el Nombre del Señor.

Quisiera vivir esa gracia de Juan, como un anuncio antes de que venga Jesús a mi vida; no sé si la he vivido alguna vez. Esta gracia abre un camino espacioso; quien la recibe, ya está atento, y cuando venga Jesús, el camino estará abierto.

¡Cómo quisiese ser uno de tantos que, por la gracia del Señor en mi corazón, podría abrir los caminos!; ojalá, mucha gente lo descubra; y cuando venga Jesús, que lo vea a Él.

Entonces mi vida sería grande, sería una gracia del Señor.

¡Cómo quisiese manifestar al Señor, desde mi vida que lo ha encontrado!

Si lo he encontrado al Señor, es porque quizás, en algún tiempo, pasé por el desierto.

El desierto fue triste; ¿acaso no necesitaba pasarlo?

¿No valían mis luchas, y no valía todo lo que había pasado, mis luchas, mis enfrentamientos, en ese lugar de mi vida?

Hoy, todo recupera su sentido, porque el Señor ha llenado mi desierto, y Él es grande.

No es sólo para mí; debo anunciarlo a mis hermanos.

¡Que vengan de todas partes, que vengan ya!

¡Qué curioso!; no bien pensé en aquellos que podrían venir, la gente está; ¡y cuántos vienen y vendrán, porque el Señor ha despertado una ola que no termina!

La gente busca al Señor; frente a las tierras sin vida, viene la Vida; es el Señor, manifestando su obra.

El desierto es como si fuese un contraste, donde aún con más claridad se ve la obra del Señor.

Es tan grande lo que hace Él; quien no lo ve es porque está ciego.

Viene cada vez más gente.

Está cerca del río; el Señor quiso que estuviese cerca.
Su agua es bendita como las tierras del desierto; si es que las
tierras sirven para la gracia, el agua servirá en el camino del
pueblo que intuye al Señor; por eso, viene cada vez más
gente.

¡Qué fuerza tiene el agua, cuando Juan pronuncia la Palabra!;
y su palabra ya llega al corazón; es la que viene del Señor.

¿La gente escucha el anuncio del perdón?

Si no lo siente, aún está ciega; y Juan lleva el poder del
Señor para los ciegos.

¡Cómo cambia la vida con el anuncio del perdón!

Es porque el Señor llega; su Agua quiebra las rocas y vidas
encontradas en el desierto.

El corazón ya vive el anuncio del perdón, aún se abre en el
espíritu, y se abren los caminos para el Señor.

El corazón reconciliado está abierto como nunca en su vida;
pero hay tantos que no lo comprenden ni lo ven; por eso, el
Señor promueve a Juan para que hable, y que su voz llegue a
los corazones; y yo, sinceramente, deseo vivir ese tiempo.

Es ese tiempo, porque el pueblo ya está dispuesto a salir al
desierto, caminando de lejos, creciendo en el camino.

¿El pueblo suele presentir la hora, o es que el Señor mismo
lo prepara para que salga?

Llega la hora de Juan, la del anuncio del perdón; la del
pueblo que aún sigue buscando; pues lo nuevo se avecina,
viene del Señor.

c. RAZA DE VÍBORAS

"Decía, pues, a las multitudes que venían a él de todas partes para
que les bautizara: 'Raza de víboras, ¿quién les ha dicho que
evitarán el castigo que se acerca? Muestren los frutos de una

sincera conversión, en vez de pensar: "Nosotros somos hijos de Abraham". Porque yo les aseguro que, de estas piedras, Dios puede sacar hijos de Abraham. Ya llega el hacha a la raíz de los árboles; todo árbol que no dé fruto va a ser cortado y echado al fuego".

Lc 3,7-9

Juan reclama el cambio de vida; su palabra es del Señor; es tan fuerte que llega al corazón.

¿Hasta qué punto ese cambio exterior provoca el movimiento en medio del corazón?; pues, ¿cuándo el hombre abandona las actitudes falsas, e inicia un camino interior?

El Señor promueve la actitud, a la vez, inspira su corazón; si algún día, le responde, es porque Él lo espera desde siempre.

Es que, si la maldad está sembrada como un veneno, ¡cuánta maldad, cuánta perversidad en el corazón!

¿El hombre lo sabe?

No siempre lo ve, pero cuando llega la hora de la luz, es tan fuerte que le hace ver y escuchar con atención.

Es la hora de la Gracia; no podemos perder ese tiempo, pues no aparece con tanta frecuencia; si hoy no respondemos, ¿cuánto debemos esperar hasta que vuelva otra vez?

Hay tiempos y tiempos; una vez la gente escucha y se enoja yéndose, otras veces le duele, pero escucha igual.

¿Quién previene el tiempo y el modo de hablar?

Juan habla con dureza y el pueblo lo escucha; y si no fuese Juan, ¿el pueblo lo escucharía?; creo que no.

Porque los tiempos del Señor, si es que ya tienen un lenguaje justo, a la vez, también tienen la fuerza que hace llegar más aún; por eso la gente viene, a pesar de que el modo de hablar es tan fuerte, y aún responden al Señor.

Nuestros tiempos van a encontrar ese lenguaje; no sé de qué

modo, ni cuándo, quizás, no tan lejos en el tiempo. Muchos podrán escandalizarse y aún considerarlo como un lenguaje sin sentido en un tiempo de respeto, como solemos decir; sin embargo, ese nuevo lenguaje del Señor llegará a aquellos que deben responderle, y lo considerarán como una gracia más grande en sus vidas; y es lo que puede ocurrir a la vista de muchos.

No es fácil decir a la gente, "*raza de víboras*"; si es que esas palabras pueden provocar el odio, y ser consideradas como injustas, en otros corazones, aún podrían despertar un sincero juicio.

Por mucho tiempo, vivimos como engañándonos, y tenemos la imagen de una vida que no es real; entonces, ¿hasta dónde puede seguir el hombre, vivir de ese modo, sin cuestionar su vida?; ¿sería para siempre o aún, hay un tiempo para poder enfrentarse con su realidad?

Si presiento que ese tiempo suele ser doloroso, podría abrir un espacio para una verdadera vida.

El tiempo pasa; si la vida se enreda, aun vienen otras cosas; entonces, se va enredando más aún; y sigue con su realidad, ya asumida, por encima de una vida apagada.

Llegamos a un modo de vivir, de escuchar, de sentir, que nos sirve por un tiempo, pero no es posible vivir así para siempre; por eso, llega la voz del profeta.

Hay cierta gente que, al escuchar, se va enojada, pero la voz le llega; si esa gente halla su modo de ver, es para ahogar más aún, el reclamo que podría despertarse, pues aún viven en el tiempo de apagar lo que les podría perturbarlos.

Sin embargo, ¿por qué tienen esos momentos de escuchar la palabra del profeta?; ¿es sólo una casualidad o aún surge lo que ni siquiera ellos mismos comprenden?

Y el Señor quiere salvarnos en esas circunstancias de la vida.

¿Por qué viene la gente, a pesar de que está claro lo que van a escuchar?; quizás son las cosas reclamadas desde siempre, como un viento que no interesa.

¿Por qué vienen hoy, y por qué escuchan con respeto a esa palabra dura?; y la dice un hombre insignificante, que no se preocupa por buscar otras palabras; y ellos vienen, porque deben venir, llegan, porque deben llegar.

El tiempo del Señor es fuerte y no halla otras explicaciones, si Él promueve los corazones más allá de nuestros cálculos.

Espero esos tiempos, Señor, los espero hoy.

Presiento que el mundo ya necesita de esa palabra de Juan, frente a la realidad que vivimos de cerca.

Quizás los hombres aún no lo ven; pero estoy seguro de que nuestro tiempo necesita de esa palabra y, en algún momento, la pedirá; que sea así.

La voz de Juan va a resonar más aún; si es que los tiempos son duros, no hay nada que se oponga a ella.

Si el mundo se opone y se resiste, la palabra llega igual.

La hora llega, está por llegar, ya está a la puerta; si se abre la puerta, aparecerá la voz.

Entonces responderán las rocas, se abrirán los hombres para el Señor; sus vidas aún de piedra, empezarán a caminar lento, al encuentro con el Señor de la Vida, no de la muerte; será un tiempo difícil de la gracia; la vida necesita pasar por las transformaciones; será grande, aún más grande de la que el mundo jamás ha visto.

¿Vendrá un nuevo Juan para anunciar ese cambio del Señor, que nos viene por medio de Jesús?; seguramente que sí.

d. ¿QUÉ DEBEMOS HACER?

"La gente le preguntaba: '¿Qué debemos hacer?'. Él les contestaba: 'El que tenga dos capas dé una al que no tiene, y quien tenga qué comer haga lo mismo'. Vinieron también los cobradores de impuestos para que Juan los bautizara. Le dijeron: 'Maestro, ¿qué tenemos que hacer?' Respondió Juan: 'No cobren más de lo debido'. Y unos soldados le preguntaron: 'Y nosotros, ¿qué debemos hacer?' Juan les contestó: 'No abusen de la gente, no hagan denuncias falsas y conténtense con lo que les pagan'."

Lc 3,10-15

Llega la hora; la gente empieza a buscar luz; es que luego de caminar en medio de la oscuridad, se despierta ante la nueva luz que viene del Señor.

¿Quién hubiese preguntado antes, si todo parecía claro?

Hoy, la gente pregunta en sus caminos, si por mucho tiempo no preguntaban a nadie, hoy insisten.

La gracia del Señor es grande, misteriosa.

¿Por qué preguntan?; ¿estarían preocupados por su vida?

¿Qué es lo que pasa dentro del pueblo?

Ese pueblo ha sufrido, pero quiere iniciar un nuevo camino.

¿Acaso, hay esperanzas de lo que llega del Señor?

El profeta habla, aún exige, no obstante, siembra la luz que está por el bien del pueblo.

El pueblo comienza a sentir esa luz que está por llegar.

Mientras tanto, hay que enfrentar la realidad, hay que cambiar la vida; el pueblo ha buscado muchas veces, cómo salir de su dolor; ahora, está convencido de que el Señor puede salvarlo.

Esta vez, presente de lejos, esa voz cercana; es por eso que la escucha, a pesar de que la voz les propone enfrentar una realidad que le duele.

¿Estaría dispuesto a responder al Señor, antes de que venga a salvarlos?; parece que ahora sí, y el tiempo se presta para la respuesta.

En un mundo de corrupción, de abusarse del hermano, de vivir sólo por lo propio, sin saber si el hermano come con su familia, en un mundo tan alejado de lo que el Señor proyecta, parece imposible poder volver a los principios; como si fuese volver a un sueño que se borra antes de despertarse. Sin embargo, el Señor tiene el poder de iniciar un camino ya desde aquellos que escuchan a Juan y tratan de responderle. Seguramente responderán por la gracia del Señor.

Aún pienso, fijándome en nuestros tiempos; hablamos de la persecución que viene de muchos lados, aún de la falta de libertades y de la opresión que nos llega de los enemigos; sin embargo, es el hermano que oprime a su hermano y éste vive en nuestra casa, camina y saluda cada día, y vende cosas a precio alto, juzga, condena; es la realidad que vive el pueblo. ¡Qué triste es verlo, pero más triste es vivirlo!

¿Cómo abrir un nuevo camino en medio de los cristianos, que fuésemos más sensibles por los hermanos que están a nuestro lado, y que pudiésemos renunciar las pertenencias que no son nuestras, para compartirlos?
¿Cómo podríamos iniciar un camino de respeto, de ayuda, de sacrificios, en un mundo encerrado en sus intereses?
Si el mundo vive de esta manera, como cristianos no estamos a la altura para responder al Señor; y si decimos que estamos dándole la respuesta, ¿es la que debe ser o nos engañamos?
Pero no podemos engañar al Señor; en fin, nosotros mismos nos confundimos.

En el mundo de los cristianos, hay injusticias; si hay alguien

que lo dice a voz abierta, despierta críticas, cierta censura, los cuestionamientos, eso ocurre tantas veces. Pero llega la voz del profeta; entonces, quien quiere oír, lo escuchará y él indicará el camino del Señor. Vendrán los que responderán, no sé si serán muchos; pues si responden, es por la voz del Señor. La misión estará bendecida, dará su fruto.

Llega el tiempo, ya está, de la voz del Señor que es fuerte. Luego del grito del Señor en medio del pueblo, ahora, la voz aparece en los desiertos; hasta allí, llegan los que querrán responderle. Responderán al Señor; ¿serán muchos? Quizás no tantos; porque en la obra del Señor hay otro modo de contar, tan distinto al del hombre.

El tiempo se avecina; viene el Señor a salvar a su pueblo. Juan espera en el desierto; el Señor lo moldea para anunciar su palabra. El pueblo, la presiente, porque el Señor obra en todas partes; esta vez, el pueblo responde como Él quiere que lo haga; no puede buscar vueltas, tampoco discutir en el camino, sino que debe responder al Señor incondicionalmente.

e. LAS DUDAS Y PREGUNTAS

"El pueblo estaba en la duda y todos se preguntaban interiormente si Juan no sería el Cristo. Por lo que Juan hizo a todos esta declaración: 'Yo los bautizo con agua, pero ya viene el que es más poderoso que yo, al que no soy digno de soltarle los cordones de un zapato; Él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. Tiene en la mano la pala para limpiar el trigo en su era y recogerlo después en su granero. Pero la paja, la quemará en el fuego que no se apaga'." Lc 3,15-18

Sólo anuncio a Jesús que está por llegar.
Si el Señor se vale de mí, le agradezco infinitamente.
No tengo palabra para expresarlo; es tan grande el Señor que viene; mi corazón se estremece al sentir que está por llegar.
Quisiese estar aquel día, poder verlo; aún creo que el Señor me prepara para el encuentro.

Muchos pasan por aquí para escuchar lo que el Señor quiere decirles, y algunos le responden; ellos serán un nuevo pueblo que el Señor congrega, y cuando Él venga, espero que tenga un pueblo bien dispuesto.

¿Lo escucharán, están dispuestos a escucharlo?

Los que responden al Señor, mientras les digo lo que Él me dice, están en vigilia para cuando venga Él, el esperado.

La hora de su encuentro con el pueblo, será la hora de la gran gracia del Señor.

El Señor me ha enviado a ustedes, antes de que se encuentren con Él; y no tengo otra palabra que decir ni otras cosas que hacer, es demasiado grande; y cuando Él venga, hará todo.

El Señor me pone en un lugar alto, me hace ver la gente que viene enviada por Él, y me hace decir la Palabra que es del Señor, para que ustedes comprendan la hora, aún dispuestos a verlo cuando Él venga; pero lo que les impide ver, es la ceguera de los corazones; ¿quién se la quitará, si no es el Señor?

Ustedes vienen a escuchar lo que el Señor les quiere decir, por medio de mi pobreza, que apenas les hace ver y esperar, y presentir a Él, tan grande, que está por llegar.

Me alegro por ser esa pequeña luz que viene del Señor, y por ustedes que hoy apenas, comienzan a ver.

¡Qué grande será vuestra felicidad cuando vean a Jesús!

Cuando su luz les ilumine, entonces lo verán y también verán

aún más vuestra debilidad.
Pues, Él viene por vuestras vidas.

El agua y el bautismo que les doy, y mi palabra débil, pero del Señor tan grande, apenas se abren hacia Él; y despiertan la fuerza del Señor en los corazones, para que comiencen a vivir de un nuevo modo.

Cuando Él venga, implantará su obra en vuestros corazones, la que sólo presiento y no sé expresarla.
Es tan grande lo que Él trae; les digo, para que estén atentos; y Él ya está.

Él llevará la obra del Señor, para que sea más pura que el agua cristalina; limpiará el mundo y antes, los corazones de toda maldad, de distorsión.

Su obra es tan grande y tan poco comprensible para nosotros, perdidos en medio de un mundo confundido.

¿Cómo lo hará, cómo actuará?

Tendrá su modo que es del Señor, distinto a lo que piensan los hombres; por eso, les digo que estén atentos.

Nuestra expectativa es esperarlo y cuando venga, aceptarlo de corazón, pues, el Señor nos prepara para ese tiempo, para que lo aceptemos de corazón.

Espero ese día, cuando Él venga; mi misión llega allí: que el pueblo lo vea, cuando se crucen nuestros caminos.

En aquel entonces, quisiese por lo menos, atarle una sandalia de sus pies, si es que la tiene; el gesto sería una gran gracia para mí; no obstante, lo que hago por Él, es tan poco que hago por su venida.

Y si ustedes responden al Señor, ¡qué grande será el tiempo cuando respondan a Jesús!

El tiempo está por cumplirse, y Él está por llegar.

Hago mis últimos pasos antes de que Él venga, atento como todos ustedes, que me escuchan.

¿Qué más les diré?; si es que ustedes han escuchado, el Señor sigue hablando a sus corazones.

Sólo quiero decirles que voy encaminándome al encuentro con Él; me lo dice el Señor en medio de las noches con este cielo estrellado.

Veo que el Espíritu espera ese momento, es que el Padre ha preparado todo; es tan sagrado ese tiempo; parece que en el Cielo no hay otro más importante que éste.

El Señor me anticipa día y noche; se acerca la hora; por el Señor de los tiempos, espero el día del encuentro con Él.

f. ESTÁ PRESO

"Y con muchas otras palabras anunció la Buena Nueva al pueblo, hasta que Herodes lo hizo encarcelar. Pues Juan reprochaba a Herodes que estuviera viviendo con la esposa de su hermano, y además todo el mal que había cometido. Herodes no dudó en hacer tomar preso a Juan, con lo que añadió otro crimen a todos los anteriores". Lc 3,18-20

Fui el grito en medio de los vientos de un desierto perdido; fui la voz que llevaba el aire por todas partes.

El Señor quiso que mi voz llegase lejos, tan hondamente.

¿Por qué el pueblo me escuchaba?; no lo comprendo, pero Él que me envió, lo tuvo proyectado.

Mi voz debía llegar antes de que Él viniese; por eso, llegó en abundancia y los que querían escucharla, la recibieron con claridad.

Sólo le dije al pueblo, lo que el Señor me iba enseñando en medio de los vientos y las soledades.

Cuando estaba allí, Él aclaraba en mi corazón, su palabra; así iba creciendo, tomaba el vuelo y la fuerza para llegar.

Ni siquiera soñé que esa palabra iba a tomar un vuelo tan alto y que fuese tan penetrante.

Sólo fui un pequeño instrumento, una pequeña caña que aún vibraba con el viento del Señor, dando un sonido proyectado por Él; no podía hacer otra cosa ni lo sabía hacer.

No bien pronuncié las primeras palabras, el pueblo ya estaba; estaba antes de la palabra, así el Señor promovía mi corazón para que comenzase a hablar.

Estuvo el pueblo, entonces comencé en el Nombre del Señor. Él inspiraba cada palabra, cada paso; no hice nada de lo mío, ni que tuviese que ver con mis cosas, sino quise ser la voz del Señor, por lo que Él esperaba de mí.

El Señor inspiraba mis pasos en un tiempo justo; me decía qué hacer y cuándo; me hacía ver la realidad de los hombres, verla con tanta claridad y hablar con tanta luz que los que me escuchaban; aún sabían que las palabras eran para ellos, por sus vidas, que realmente el Señor los esperaba.

Él esperaba el cambio de la vida; hasta los que se retiraban, sabían que no tenían razón; los que se enojaban, sabían que el enojo no justificaba nada de sus actitudes; porque la palabra y la luz eran del Señor, quien obraba en mí y en el pueblo.

La voz llegaba a todas partes, a los reyes, a los gobernantes; nadie estaba excluido en aquel tiempo de la voz del Señor.

Yo sólo debía aceptar humildemente que esa voz pasaba por mi vida, por mi corazón, aquí nacía, crecía, aparecía fuerte y cada vez más grande.

Nadie estaba excluido de la voz.

El Señor esperaba la respuesta, en ese tiempo, como mi vida

fue la respuesta por esa voz, y debía responderle hasta el fin.

Si es que mi vida es por esa voz del Señor, yo debí entregar todo al servicio de la misma; es que entregarla, era ponerme a su servicio. El Señor me iba enseñando, preparándome para la hora de la entrega; aún, me enseñó a hablar sin miedo ni preocuparme por mi vida; de esta manera, la voz estaba libre, totalmente al servicio del Señor.

El tiempo del Señor me llevaba cada vez más lejos.

La voz crecía y mi vida crecía en la entrega.

Hacía tiempo que sabía adónde iba a llegar mi vida; fue como un presentimiento que el Señor iba haciendo nacer en medio de mi corazón. Mi vida se iba familiarizando para llegar a ese momento, es porque aún debía llegar hasta allí, por la palabra más grande y más fuerte que la vida.

El Señor se valió de mí, y quiso que su palabra tuviese este testimonio; se valió de tan poca cosa.

Si mi vida debía ser grande, es porque el Señor es grande, en mi vida que fue poca cosa, sin despreciar nada de lo que Él había creado; Él se valió de mí, y su palabra fue sellada en este tiempo; el Señor lo quiso así.

g. VINO ÉL TAMBIÉN

"Un día, con el pueblo que venía a bautizarse, se bautizó también Jesús. Y mientras estaba orando, se abrieron los cielos; el Espíritu Santo bajó sobre Él y se manifestó exteriormente con una aparición como de paloma. Y del cielo llegó una voz: 'Tú eres mi Hijo, el Amado; tú eres mi Elegido'." Lc 3,21-22

Fue un amanecer muy diferente; se alegraba el cielo desde sus primeras luces que aparecían en los horizontes lejanos;

hubo una calma poco conocida en las mañanas, mientras nacía un día tan nuevo.

Yo estaba en medio de los horizontes del Señor, esperando; luego, iba apareciendo la gente; y parecía que en ese día iba a venir quizás, más aún; algo me decía que debía estar atento. ¿Es sólo un presentimiento o el Señor me habla en medio de mis pensamientos y la calma del amanecer?

Mi plegaria del amanecer del día, fue como si respirase de la profundidad del Señor; y Él estaba en mi vida, en la calma. Fue un amanecer esperado; quizás nunca más repetido, así se me cruzaron los pensamientos.

Pero, ¿por qué estoy pensando así?; no lo sé.

¿Quién me lleva a este modo de pensar?

Es cierto, el Señor está en mi vida más que en otros tiempos. Tu calma, Señor, inunda a mi ser; aún estoy por el amanecer tuyo en tu nuevo día.

Por un tiempo, hubo un silencio; sólo estabas tú, Señor, en mi vida aislada del mundo, tan cercana a tu voz.

Aún, no aparecía la gente, ¿por qué no venían?

Hay algo que tú sabes, y yo debo esperar.

Comencé a caminar pensando en el Señor, en ese sol que ya comenzaba a levantarse; aún sentí el río con su ruido de nostalgia; no sé si era su queja o fue un canto diferente.

¿Qué es lo que pasa?

Pero, ¿por qué me inquieto en medio de la calma del Señor?

Miré al norte; de lejos aparecían unas manchas grises.

Me parecía como si mi inquietud provocase las sensaciones en el cielo; y no quise verlas, pero estaban como si quisiesen enfrentar esta calma misteriosa.

¿Qué es lo que pasa?

Ahora sí, me siento como un niño; casi me gustase ver a

mucha gente; que pudiese hablarles, y que me escuchasen. Sin embargo, estoy solo en medio de lo misterioso que sólo presiento; ¿y qué es lo que el Señor tiene previsto para este día?

La gente volvió a venir, no tanta como otros días, pero vino igual; aún, esperaba mi palabra que no era mía. Ese día, yo, como si estuviese dividido, estaba con la gente y con el presentimiento de que iba a ocurrir lo inesperado; mi mente y mi corazón estaban en eso; creo que la gente lo pensaba igual; hasta fui un poco extraño para ellos; yo estaba con algo más que otros días.

Me volvió el recuerdo de los días pasados, y yo anunciaba al Señor que venía de los cielos.

Alguna vez, dije a la gente que yo lo iba a ver y a presentar; lo decía tantas veces, fue como algo aprendido; se venía casi escapándose de mi corazón; así fue por mucho tiempo.

Y hoy quiero decir a la gente, ¿qué les voy a decir?

Les diré una vez más que estamos esperando a Él, el enviado de los cielos; sí, les diré una vez más.

Y cuando lo digo, aún miro a la gente, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué hoy todo es tan distinto?; hasta la gente lo escucha de un modo diferente.

Les digo que el Señor está por llegar; casi lo presiento que ya está; y vuelvo a decir que el Señor viene, ya está por llegar.

¿Acaso el pueblo lo presiente también?

¿Qué es lo que pasa?

Les digo que Él está; sin embargo, no supe que Él ya estaba entre aquellos que pedían el bautismo, mirándome de lejos, escuchando la palabra.

Me pidió el bautismo, y me quedé aún más confundido.

Nadie me pedía así; presentí una voz distinta; no tuve ganas de bautizarlo, todo parecía tan extraño.

Pero, ¿cómo negarle, por qué me cuesta decir que sí, si Él me lo pide?; no me comprendo a mí mismo.

Miré el cielo una vez más, volví a ver bien las nubes desde el norte, volví al agua; esta vez le hice pasar primero, alguien me decía que debía ser así.

Después entendí todo, y creo que algunos del pueblo también lo vieron; ese día no bauticé más.

El pueblo se fue, ya terminaba el día, me quedaba solo, esta vez más solo; parecía que hasta el Señor se hubiese retirado de mi vida; pues sentí el abandono, pero a la vez, que se había cumplido lo más grande de mi vida.

Ahora me queda el silencio; aún me queda decir que he visto al Señor, y después me queda el silencio.

2. EL TESTIMONIO DE JESÚS

a. LOS CIEGOS VEN

"Los discípulos de Juan lo ponían al tanto de todo esto. Él, llamando a dos de ellos, los envió para que preguntaran al Señor: '¿Eres tú el que ha de venir, o debemos que esperar a otro?' Llegados donde Jesús, esos dos hombres le dijeron: 'Juan Bautista nos manda decirte: '¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?' En ese momento Jesús sanaba a varias personas afligidas de enfermedades, de achaques, de espíritus malignos, y devolvía la vista a algunos ciegos. Jesús, pues, contestó a los mensajeros: 'Vayan a contarle a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia la Buena Nueva a los pobres. Y además, ¡feliz el que me encuentra y no se confunde conmigo!'"
Lc 7,18-23

Nos gustaría tener cosas claras y aún, tener respuestas; sin embargo, en la vida hay que esperar.

Apareció Jesús y Juan lo vio; no obstante, sigue enviando a sus discípulos para que pregunten al mismo Jesús.

¿Quién necesita más la respuesta, Juan o sus discípulos?

Me pregunto, no me canso de hacerlo, mientras el Señor obra en mi vida; y como Él sigue obrando, las cosas se aclaran, a veces, con el tiempo que se va yendo.

Tantas cosas hacemos por Jesús, quien está por llegar y no nos damos cuenta de que Él está en medio de nosotros.

Seguimos preguntando día y noche, mientras Él nos anticipa su venida.

¿Tendrían sentido las preguntas que nos despiertan a cada rato?; pero están, y nos inquietan; como estamos en la obra del Señor, sólo en parte la comprendemos.

La gente suele comprender los pasos comunes, y la vida nos enseña, aún brindándonos nuevas experiencias; pero, ¿qué pensar cuando uno hace el primer paso?; es como cruzar los océanos por primera vez, o los desiertos desconocidos, como penetrar las selvas no exploradas y encontrarse con lo nuevo. ¿En qué situación el Señor lo pone a Juan, ante un Jesús tan grande, como si fuese impenetrable?

Creo que Juan se preguntaba muchas veces; es que el tiempo parecía cercano; el Señor iba despertando su atención, y Juan no podía dormirse en ese tiempo.

Sabía que estaba en un buen camino, y que había encontrado a Jesús, pero a la vez, debía ir preguntando e intuyendo los caminos del Señor; ésta era su vida.

Porque el Señor venía permanentemente hacia él; y Juan era testigo de su venida.

¡Qué grande es vivirlo!

Es encontrar a Jesús, mientras su Bautismo anuncia un nuevo Tiempo, y seguir preguntando por Él, tantas veces.

Él siempre viene; pero tampoco se puede perder en el tiempo; si Jesús es el mismo, es siempre nuevo, como si hoy hubiese llegado por primera vez.

El anuncio de Jesús en el río del Jordán fue muy fuerte; sin embargo, Juan aún debe seguir anunciándolo hasta el último respiro de su vida; y así debe ser por siempre.

Si bien, Juan está iluminado desde los cielos para reconocer a Jesús, a la vez, debe buscarlo hasta que lo encuentre; y cuando ya más hundido está en el Proyecto del Señor, más esfuerzos hace para ver y comprender el tiempo de Jesús; así se le pasa su vida, atendiendo los impulsos de la gracia que es grande, y le cuesta luchar por ella, cada día.

La cárcel y la distancia parecen como dificultades.
Juan está lejos, pero tan cerca con su corazón, con su vida entregada al servicio de Jesús, plenamente.
Tiene mucho tiempo para meditar, cuando sus discípulos van a Jesús para preguntarle, y mientras caminan de regreso con las respuestas que le hacen crecer en su corazón; pues para el Señor no hay distancias y si lo son, sirven para superarlas.

La respuesta de Jesús es aún más grande; no sólo le dice que sí; le hace ver las obras como testigos; es porque el tiempo del Señor se caracteriza por las obras que son claras para tantos, y a muchos no les dicen nada; así el Señor obra.
Sin embargo, viene la hora de la claridad aún más grande; es como si el tiempo anterior estuviese postergándose, como si el agua de la vida estuviese frenándose y aún viniese en esta hora, por donde pasa casi inundándonos.

Aparecen las señales de la presencia del Señor.
¿No sé si el pueblo los esperaba hoy?; no lo sé.
Es cierto, el Señor sorprende con la abundancia de su gracia, pero justamente, a aquellos que tienen fe.
Los que creen, aún recibirán más de lo que piden; así es con el misterio de la presencia del Señor en medio de la vida; así es con la presencia de Jesús.

En nuestros días, hay tantos que quieren encontrar a Jesús que recorre los pueblos, sanando y liberando de toda clase de maldad; este Jesús suele recorrer más entre la gente humilde, distanciada, abandonada; la gente busca pan, salud y tantas cosas; necesita de Jesús que le socorriese en ese camino de la vida, frecuentemente duro. Es la Imagen que hasta confunde a los de buena voluntad y quizás, no tan abiertos para sentir la corriente de la Vida que viene del Señor.

Si es que Jesús no sólo está por el pan y por la salud, también es sensible, atento, preocupado; Él llora entre los que lloran, y sufre aún más que aquellos que sufren; está en la vida, en lo que vive y lo que sufre el hombre; si es que no sólo vino por esta parte de la vida, también está en ella plenamente.

Por eso, la gente se acerca a Jesús y le pide lo que considera importante en sus circunstancias preocupantes; y es cierto que Él está más allá de esa realidad, pero la misma les sirve para comenzar, abriendo los ojos a lo que sería aún más importante; es que la realidad del hombre no tanto debe ser aliviada, sino más bien, hallar una luz del Señor; es porque la realidad debe ser transformada; en eso, está la grandeza de Jesús, la que el pueblo puede ir descubriendo.

La Imagen de Jesús que sana al pueblo, puede abrir el camino hacia un Jesús aún más grande; si la gente se acerca para recibir pan y salud, mañana encontrará una nueva luz, mucho más grande; es lo que espero en la hora de tanta confusión y de tanto cuestionamiento, a un gran Jesús, por lo que Él debe estar en el mundo.

La Imagen de Jesús que va sanando al pueblo, para muchos de los cristianos no les resulta muy fácil, al contrario, aún se escandalizan; sin embargo, creo que por ese camino Él sigue entrando en el mundo que tanto lo necesita.

El mundo va a abrir sus ojos; pues, el Señor va a ir abriendo los ojos del mundo, para que vea a Jesús y lo reconozca.
¿Será un tiempo no tan lejano?

b. EL MENSAJERO

"Una vez que se fueron los enviados de Juan, Jesús se puso a decir a la gente, refiriéndose a Juan; '¿Qué fueron a contemplar al

desierto? ¿Una caña movida por el viento? ¿Qué fueron a ver? ¿Un hombre vestido con ropas finas? Pero los que se ponen los trajes elegantes y llevan una vida de placeres, están en los palacios de los reyes. Entonces, ¿qué fueron a ver? ¿un profeta? Eso sí, y les declaro que Juan es más que un profeta, pues se refiere a Juan esta profecía: mira que mando a mi mensajero delante de ti, para que te prepare el camino. Yo les aseguro que, entre los nacidos de mujer, no hay nadie mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino de Dios es más que él.

Toda la gente que le oyó, hasta los publicanos, reconocieron el llamado de Dios y recibieron el bautismo de Juan. En cambio, los fariseos y los maestros de la Ley despreciaron el designio de Dios al no hacerse bautizar por Él". Lc 7,24-30

Me suena la Palabra de Jesús; y si es que iba escuchando al Señor en mi corazón desde hace tiempo, aún necesito esta Palabra; a la vez, Jesús la dice por el pueblo que está con Él, pues ellos también la necesitan

La Palabra de Jesús me da paz en ese tiempo que se acerca; aún, siempre he tratado de comprender el tiempo del Señor en mi vida.

Su Palabra sigue resonando en mi corazón, y yo, recordando las cañas promovidas por el viento, enfrentadas; si es que mi vida fue moldeada en el desierto, el que la moldea es el Señor; mi vida se deja llevar por su Viento, no sólo por los vientos del desierto; no obstante, en medio de los mismos, el Señor obraba mi corazón; y lo sigue haciendo.

Sigo meditando la Palabra de Jesús, aquí en la cárcel.
Su Palabra toma una nueva fuerza, porque Él habla de un modo que hasta el clima y el desierto me acompañan; ¿cómo sería que hasta los vientos estuviesen por su Palabra que pasa por el desierto, antes de llegar a los lugares poblados?
¿La gente debe volver al desierto para escuchar la Palabra?;

es que cuando vayan al desierto, ya no estaré mucho tiempo aquí; así lo presiento, lo veo.

Hay un camino que el pueblo hace, al pasar por los desiertos de sus vidas; un camino difícil, que debe enfrentar; y no hay otro camino, es éste.

En él, encontrarán a Jesús; si creen que pueden encontrarlo en un camino fácil, se equivocan una vez más, y Jesús puede pasar, sin que ellos lo vean.

El desierto abre el camino de renunciaciones y de fatigas, de una vida solitaria, triste; abre espacios para que los hombres vean su propia realidad.

Que sean los espacios de una búsqueda insistente del Señor; pues sin Él, la vida se marchita y se muere.

Allí, entre la vida y la muerte, podrán encontrar al Señor.

Presiento como si Jesús estuviese invitando al pueblo a que volviese al desierto; es el pueblo que el Señor iba llamando, mientras me hizo hablar allí; hoy debe seguir su camino con Jesús, pero en medio del desierto.

Es un sendero elegido en los cielos, para la hora de la Gracia; de este modo, el Señor halla el camino para la humanidad perdida, allí, en los desiertos.

¿Y el pueblo irá?; los que deben ir lo harán; algunos ya están allí, otros irán; el Señor sigue llamando al desierto, mientras Jesús espera.

Quizás es el último grito que hago, porque el Señor me lo pide; es la Palabra que anuncia el encuentro con Jesús, en el desierto; entonces, que vayan todos al desierto, antes de que Él hable.

El pueblo irá casi por su cuenta; no lo van a llevar allí, ni los

fariseos ni los doctores de la Ley.

¿Irá solo, o el Señor lo llama?; es porque Él se preocupa, y sigue llamando al pueblo.

Soy la voz que grita de parte del Señor, para que el pueblo vaya al desierto, y se quede con Jesús.

Soy su voz que grita.

Aparecieron unas nubes espesas, oscuras, desde el norte.

¿Por qué aparecen a esta hora?; ¿qué me dice el Señor?

¿Hay algo que Él me anuncia?

Los fariseos y los maestros de la Ley todavía no han dado la respuesta al Señor; pero si no la dan hoy, ¿la darán mañana, cuando Jesús vaya a hablar en el desierto?

Ojalá le den la respuesta.

El Señor me hace ver un enfrentamiento; si por hoy, no todos responden, mañana se enfrentarán con Jesús, pues el viento trae nubes oscuras, que llegan hasta allí, al desierto.

Ya veo a Jesús dirigirse hacia el desierto, aún, luego de los enfrentamientos con los fariseos y maestros de la Ley.

Con más razón, ellos están encaminándose igual hacia allí;

¿y el pueblo?; ya ha sentido su presencia; ¿le seguirán?

Deben seguirle al desierto; aún presiento los pasos de Jesús con sus discípulos, y el pueblo que se encamina tras Jesús.

Entonces, ¿qué me queda por hacer?

Por el momento no lo sé; el Señor dirá.

Jesús va al desierto, y debo esperar al Señor.

¿Él quiere que me encuentre una vez más con Jesús, o que me vaya antes de que Él llegue?; el Señor dirá, el tiempo dirá.

Presiento el ruido de los cielos, Jesús se encamina hacia el desierto y yo aquí, espero al Señor.

Estoy atento más que nunca.

Sigo atento por lo que el Señor me diga; no tengo tiempo para otras cosas, porque Él me puso en vigilia.

Voy vigilando día y noche; es mi tarea aquí, en la cárcel.

¿Por qué me quedo, si Él está?

Parece que por hoy es el lugar previsto para mí, en la hora que anuncia el encuentro; el Señor está por encontrarse con su pueblo, en el desierto.

Sigo vigilando día y noche, ésta es mi tarea.

Me gustaría ver a Jesús con su pueblo.

¿Cuánto tiempo más debo estar aquí, mi Señor?

Mi ansiedad es grande, más grande que en el primer tiempo, cuando inicié el camino entre las rocas y los vientos.

¿Acaso, el Señor me despierta por lo que viene?

Aún deseo encontrarme con Jesús; es la única sed que tengo.

Las nubes del norte se han hecho más espesas, oscuras.

Presiento el frío de lejos; parece soplar un viento.

¿O hay algo que apura el mismo Señor?

Tan sólo sigo esperando, soñando día y noche.

Es tan próximo el tiempo que verá la gran obra del Señor.

Sigo esperando hasta que Él me diga.

¿Qué me dirá mi Señor?

c. ¿RESPONDERÁN A JESÚS?

""¿Con quién puedo comparar a esta clase de hombres? ¿A quién se parecen? Se parecen a esos niños que, sentados en la plaza, se quejan unos de otros: les tocamos la flauta y ustedes no bailaron, les entonamos canciones tristes y no lloraron. Lo mismo pasó con Juan Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y ustedes dijeron: Está endemoniado. Luego viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y ustedes dicen; Es un glotón y un borracho, amigo de

publicanos y de personas malas. Pero la Sabiduría de Dios fue la que dispuso estas cosas, y los suyos la reconocieron". Lc 7,31-35

¡Cómo me gustaría ver a Jesús, que obra entre la gente!
¡Escuchar su voz frente al pueblo que viene, ver sus actitudes y la gente que responde!
Sería mi alegría, mi fiesta, después de luchar por Él, por su lugar en el mundo.
¡Cómo me gustaría ver a Jesús hoy!
Sin embargo, me quedo aquí, lejos de Él y de la gente.

La celda muy oscura; entra un poco de luz hacia abajo.
Ella encierra mi vida en este tiempo de la presencia del Señor; tan sólo puedo seguir esperando desde hace tiempo, mientras el Señor hace su obra.
Esta celda oscura encierra mi corazón tan ansioso de ver a Jesús, de escucharlo, y de asistirle.

Hace tiempo que estoy aquí.
Mis discípulos caminan casi dispersos; aún, me sirven para comunicarme con Jesús; traen noticias que me alimentan.
No entiendo mucho de lo que Él hace, pues apenas intento presentir lo que podría ser su gran misión entre los hombres.
Después de la gente que venía a escuchar, me siento como si me cortasen los pies y la lengua; tan sólo estoy en medio de la oscuridad en esta pequeña celda.

Siento que mis días están contados.
¿Hay alguien que se preocupa por contarlos?
Mi vida se cumple, ¿qué más puedo hacer, si todo ya está?
Entonces, ¿por qué esta celda oscura por los pocos días que me quedan?
Parece que el Señor ha elegido el lugar para mis últimos días, después de la misión que me había encomendado.

La gente, ¿responderá a Jesús?

Si dan la respuesta al Señor por la palabra que Él ha puesto en mi corazón, con más razón, deben responder a Jesús.

Pero, ¿quién lo sabría?

Yo fui la voz que anunció su llegada, ahora le toca a la gente. Los enseñé a Jesús, ahora les toca creer y seguirle.

¿Aquellos que no dieron la respuesta, cuando estuve en el desierto, le responderán a Jesús?

¿Los que estaban cuestionando, qué harán frente a Él?

No quiero seguir con mi pensamiento; aún sé que estoy aquí, porque hay aquellos que no dan la respuesta al Señor, quien la reclama a gritos; no quiero pensar en los enfrentamientos que están por llegar; si el Señor viene, el mundo está por enfrentarse con Él.

Cuando la voz del Señor es fuerte, los hombres no pueden resistirse y se dejan llevar por el Señor; o se llevan por su ceguera, su astucia y su maldad; y parece que pueden llegar muy lejos, y ser casi omnipotentes.

Mi vida está en las manos del Señor, aún esclavizada por los hombres; pero, ¿qué pasará con Jesús, si los hombres no responden al Señor?; ¿qué pasará con Él?

Lo que comprendí en la palabra de Jesús, que aún recibí por medio de mis discípulos, es que el Señor busca otra manera para llegar al mundo; no quiere que los hombres se queden sin respuesta.

Sin embargo, ellos se quedan con lo suyo.

¿Quiénes son los que no responden?; desgraciadamente, son los mismos que no respondieron cuando el Señor me hablaba y yo les transmitía en medio de los desiertos; son aquellos de antes, aún más encerrados.

Yo iba anunciando a que preparasen los caminos, por donde el Señor pudiese pasar; el anuncio fue muy fuerte, hay tantos que respondieron; pero otros, por su propio camino salieron a enfrentarse con Jesús anunciado.

Parece como si mi voz, que viene del Señor, tan sólo sirviese para ese enfrentamiento cruel.

¡En qué lugar me pone el Señor ante la venida de Jesús!; es que mi voz aún sirvió para los enfrentamientos, y no contra mí, sino contra Jesús.

Mis días están contados, la misión parece cumplida, no sé si tengo otras cosas para decir, no lo sé.

Parece que todo debe ser así como está; sólo fui la voz que gritaba en los desiertos; ni siquiera sé veía dónde llegaba, ni puedo ver las consecuencias; sólo fui la voz; a pesar de mi vida tan frágil, la voz fue fuerte; hasta hoy siento como vibra entre la gente, entre los pueblos.

¡Qué difícil es comprender el tiempo del Señor!

Yo soñaría aún con su Venida gloriosa, plena de luz, de paz, mientras la realidad se proyecta distinta, hasta confusa.

A pesar de todo, tengo la plena seguridad de que el Señor ha llegado a este mundo, no tengo ninguna duda.

Sólo sé que las cosas del Señor son diferentes a las de los hombres; son tan misteriosas.

¡Y qué difícil se me hace comprender el rechazo y el odio contra Jesús que ha venido desde mi Señor!

Parece que no hay otro modo para llegar a los hombres.

Entonces hay que aceptarlo, hay que asumirlo.

Mi vida se va yendo, pero, ¡cuántas cosas le esperan a Jesús, por quien viví y luché!

Voy entregando mi vida por Él, pero, ¡cuántas luchas le

esperan a Jesús!

Jesús vino a verme, cuando aún estuve en la celda, como si estuviese leyendo mis pensamientos e inquietudes, mis dudas y miedos; sólo vino a verme, casi sin palabra; fue suficiente para que yo tuviese paz, porque necesitaba de su calma, por lo que me esperaba tan pronto.

Y no me hice más preguntas, todo estaba muy claro.

La celda estaba plena de luz.

El Señor vino a verme, dejando su Presencia.

Yo quien anunciaba su venida, esperaba tanto del Señor.

Antes de entregar mi espíritu en sus manos, aún necesitaba que viniese Jesús anunciado con mi vida.

Ahora sí, me queda sólo el silencio.

3. YO LO HE VISTO

Si he vivido para anunciar la venida del Mesías, mi vida fue más bien, para dar el testimonio; es éste: he visto al Mesías con mis propios ojos, y con mi corazón.

En mi vida, fue como un relámpago, en plena noche oscura; fue una gran luz que iluminó entre el cielo y la tierra.

Yo lo he visto al Mesías.

Siempre lo esperaba, y sabía que iba a venir; pues todo fue como una preparación para el encuentro, estaba encaminado hacia Él; y el encuentro con Él, dio el sentido a toda mi vida.

Ustedes, los que me escuchan, aún ven que mi vida cambia rotundamente, luego del encuentro con Él; y es por la gracia del Señor, para vuestros encuentros con el Mesías.

Muchos ya lo han visto, se han dado cuenta de su presencia; bendigo al Señor, porque los corazones se despiertan para ver a Jesús.

Ustedes harán su camino; si les voy a enseñar al Mesías, aún deben hacer su camino, para que se abran los corazones.

Estén atentos por este encuentro tan importante en las vidas; pónganse en vigilia, esperando; les digo con plena claridad. Aún no sé si vuestros corazones escuchan al Señor; cuando logren escucharlo, el Mesías estará ante ustedes.

a. YO SOY LA VOZ

"Este es el testimonio de Juan respecto de Jesús. Los judíos de Jerusalén habían enviado donde Juan a algunos sacerdotes y levitas para que le preguntaran: '¿Qué eres tú?' Juan aceptó decírselo y no lo negó. Declaró: 'Yo no soy el Cristo'. Le dijeron: 'Entonces, ¿quién eres? ¿Elías?' Contestó: 'Yo no soy Elías.' Le dijeron: '¿Eres el Profeta?' Contestó: 'No.' Le preguntaron de nuevo: 'Dinos quién

eres para que llevemos una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?' Juan contestó: 'Yo soy la voz del que grita en el desierto: Enderecen el camino del Señor, como lo anunció el profeta Isaías.' Los enviados eran del grupo de los fariseos. Le hicieron esta pregunta: '¿Por qué bautizas entonces si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?' Les contestó Juan: 'Yo bautizo con agua, pero hay uno en medio de ustedes, a quien no conocen. Él viene detrás de mí, yo no merezco soltarle la correa de la sandalia.' Esto sucedió en Betabará, al otro lado del río Jordán, donde Juan bautizaba. Jn 1,19-28

¿Por qué vinieron los sacerdotes a preguntarme?

¿No son ellos, los que guían al pueblo?

¿Qué es lo que pasa en este tiempo del Señor?

Parece tan extraño; los que deben conocer la verdad y estar con el pueblo, hoy vienen a preguntarme.

Pero el Señor tiene su camino tan distinto al proyecto de los hombres; está más allá de la religión de mi pueblo y aún, no se encierra en medio de los proyectos humanos.

Pertenezco a una familia sacerdotal; mis padres escuchan al Señor con respeto; viven de lo que Él les habla, atentos en el camino del Señor.

Estoy aquí; y no sé si el camino que el Señor me ha marcado, está lejos de lo que debería ser, según el proyecto de mi casa y mi tradición; sin embargo, sigo cumpliendo con lo que Él me pide; todo es tan distinto y es del Señor.

No soy el Mesías, debía decírselos.

¿Por qué debía aclarar?; ¿será que las voces del pueblo hayan llegado al Templo?; es que el pueblo presiente la Misión, y el Templo siempre es celoso de sus fieles; quizás, la gente que viene ni siquiera iba al Templo, aún disconforme y con ciertas críticas; quizás, no iban a ningún lado y si lo hacían,

es porque se sentían forzados.

Esta gente viene a escuchar con su corazón atento; entonces, ¿es esto lo que perturba a los sacerdotes del Templo?; ¿qué es lo que pasa en esta hora?; y como estoy lejos, comprendo tan poco, pero sé que el Señor obra en medio del pueblo.

Si el pueblo ve la Misión, ¿qué será entonces cuando llegue el Mesías?

Se alegra mi corazón por la hora que se avecina, y tan sólo les puedo decir que el tiempo del Mesías es hoy; aún será la hora de la gracia; es porque el mundo jamás ha visto algo parecido; ¡bendito seas Señor, por el tiempo del Mesías!

No tengo respuestas que podrían satisfacer a los sacerdotes; les digo lo que el Señor me dice; ojalá, ellos lo vean, como lo comprende la gente; ojalá, el Templo prepare el camino para el Mesías.

Sin embargo, parece que las cosas no son así; y no quiero pensar más, tampoco preguntarme si han venido con buenas intenciones; parece que el Templo vive cierta inquietud.

El Señor obra en aquellos que responden; también, en los que cuestionan, censuran y hasta juzgan.

Si bien mi misión, según los sacerdotes del Templo, merece ser cuestionada y reprochada, aún está el pueblo que antes no sabía responder al Templo.

Entonces, ¿por qué viene aquí, y qué es lo que pasa?

Hay preguntas que no se pueden borrar, ni siquiera en los tiempos, cuando nuestra seguridad es casi invencible.

Además, ¿cómo reaccionar, si alguien está con el pueblo que lo escucha con atención?

Si quieren ver quién soy, miren lo que hago; miren a la gente que viene y responde.

Las obras son las que dicen y no son mías; sólo hago lo que el Señor me dice a cada instante, no hago otra cosa.

¿Por qué no creen en la obra del Señor?

¿Por qué vienen a censurar?

¡Qué difícil es entender el Templo y a los sacerdotes!; ¿están seguros de lo que hacen o hay otras cosas que quieren salvar?

Se fueron los sacerdotes y me quedé pensando.

¿En qué lugar me pone el Señor?

Está el pueblo, han venido los sacerdotes para preguntar, y no sé qué más, quedaría detrás de las preguntas.

Está el Mesías, en medio del pueblo que lo presiente.

Los sacerdotes están en sus cosas, las de siempre.

¿En qué lugar me pone el Señor?

Y yo, tan pequeño, apenas pronuncio la palabra del Señor.

¡Cuánta obra del Señor, en este tiempo que parece extraño!

Y tan extraño es el Templo frente al Mesías que viene.

El pueblo está inquieto por verlo cuanto antes.

¿Y el Templo?; quizás, se preguntan qué hacer frente a un pueblo, según ellos, muy confundido.

Se preguntan qué hacer; porque no es fácil actuar contra un pueblo con esa inquietud.

Ellos piensan, mientras que el Mesías ya viene; y parece que los sacerdotes del Templo no le abrirán la puerta, para que entre.

Entonces, ¿quién se la va a abrir?

¿Acaso el Mesías, no se lo merecería que los sacerdotes del Templo estuviesen en la primera fila, aún esperándolo, como esperan a los grandes del mundo?

Sin embargo, ellos no creen que el Mesías está y aún menos, anunciado por la Voz en los desiertos; y como el pueblo está atento, por ahora, hay que respetarlo.

b. EL MÁS GRANDE

"Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía al encuentro y exclamó: 'Ahí viene el Cordero de Dios, el que carga con el pecado del mundo. De Él yo decía: Detrás de mí viene un hombre que ya está delante de mí, porque existía antes que yo. Yo no lo conocía; pero mi misión y mi bautismo con agua eran para Él, para que Él se diera a conocer a Israel.' Y Juan dio este testimonio: 'He visto al Espíritu bajar del cielo como paloma y quedarse sobre Él. Yo no lo conocía, pero Dios, que me envió a bautizar con agua, me dijo también: Verás al Espíritu bajar sobre aquél que ha de bautizar con el Espíritu Santo, y se quedará en Él. ¡Y yo lo he visto! Por eso puedo decir que éste es el elegido de Dios.'" Jn 1,29-34

¿Cómo reconocerán al Mesías que ya está entre ustedes?
¿Cómo sabrán que es Él, el anunciado desde el Señor?
Lo reconocerán por el Espíritu que habita en Él; es que el Espíritu jamás se ha manifestado como en Él; lo vi, cuando me pidió que lo bautizase.

La presencia del Espíritu es tan fuerte en su vida, que hasta los ciegos lo pueden ver; y quien no lo ve, es como si se acercase al fuego, sin sentir el calor, como si llegase al agua sin sentir la frescura.

Es por eso que ustedes lo verán; y los que tienen buena fe, lo encontrarán; pero aquellos que no lo pueden ver, aún estarán enfrentados por el Agua y por el Fuego, sorprendidos en medio de las noches oscuras.

El Espíritu se manifestará abiertamente en su vida; y toda su obra estará plena del Espíritu.

Él bautizará, pero no como yo; su bautismo será grande.
Bautizará con el Espíritu; es por eso que el encuentro con Él, manifestará un gran cambio en ustedes.

Ustedes vivirán la obra del Espíritu en sus vidas.

El Señor se manifestará de un modo mucho más profundo que en mi vida tan pobre, tan pequeña.

Por donde camine el Mesías, la tierra se va a ir llenando con la obra del Espíritu; será el tiempo de la bendición del Señor para los nuevos tiempos.

Benditos sean vuestros ojos que verán y vuestros oídos que escucharán al Mesías; aún, benditos sean vuestros pies que le siguen, y vuestros corazones que lo reciben.

Vuestras vidas por siempre sean benditas en el encuentro con el Mesías, tan esperado por ustedes.

El día en que me encontré con Él, mi vida dejó de ser como fue antes; mi palabra ya no es la misma.

Aún, presiento que el Espíritu que ha descendido sobre Él, me hace ver que mi misión está por terminar; porque todo lo que yo iba haciendo, fue tan poca cosa frente al Mesías; lo que he hecho y aún es obra del Señor, es pequeño ante la luz que llega de los cielos, por los tiempos que llegan.

El Señor quiso manifestar su plenitud en la vida del Mesías.

Vendrá a las vidas en medio de los truenos y relámpagos, y despertará el santo temor en los corazones; aún, se sentirán muy pequeños frente a Él, tan grande.

Sentirán el poder de los cielos; las vidas estarán sacudidas en el espíritu; nadie podrá oponerse contra una luz tan fuerte, ni cuando llegue la hora de su obra; es que el poder del Espíritu se manifestará sobre vuestras vidas.

Se van uniendo las tinieblas del mundo; pero no van a vencer al Mesías; el enfrentamiento será aún más grande, tan grande como nadie ha visto jamás.

Ustedes serán testigos del enfrentamiento, si van a seguir al Mesías hasta el fin; ojalá, se pongan del lado de Él, no del

lado de las tinieblas.

El enfrentamiento será como nadie lo ha visto jamás.

Él es grande; y será como el Cordero llevado al matadero.

Tiene el poder de los cielos, y es tan humilde como el más pequeño entre los hombres.

Su grandeza, su gloria no será como la esperan los hombres; es por eso que muchos se confundirán.

Pero la claridad de su presencia, será más grande aún.

Los hombres están acostumbrados a entender otra clase del poder; están en otra cosa, es por eso que Él está y no lo ven.

Las cosas del mundo se han hecho poderosas frente al Señor, y los hombres casi seguros; sin embargo, aún llegará la hora, cuando necesiten reconocer la grandeza del Señor, que viene para salvar a la humanidad tan perdida en el tiempo.

Pues, el Señor se manifestará.

Él llevará toda la debilidad, el peso de la humanidad perdida, hasta el fin; los hombres verán el peso sobre sus hombros y ni siquiera sabrán del peso del mundo perdido; y lo juzgarán según la justicia de los hombres y aún creerán hacer el bien; hasta allí, puede llegar la perversidad.

¡Cuánta luz recibirán ustedes en aquel tiempo, para seguirle hasta el fin!

Será el tiempo de las luchas entre la oscuridad y la luz.

Él, aún estará tirado al polvo, mientras la humanidad perdida festejará su gloria; tan sólo por un tiempo, porque la obra del Señor resurgirá con la luz.

Entonces, la luz se manifestará en el Monte que se iluminará ante los hombres; y ellos verán la gloria del Señor, pues la luz iluminará sus pasos perdidos.

Será la hora de la verdadera salvación.

No se confundan con lo que buscan los hombres, aún por sus intereses; guíense por la luz que el Señor pone en vuestros corazones; déjense llevar hasta donde el Señor quiere que lleguen; y les digo: sigan al Mesías hasta el fin.

Él viene como el Cordero llevado al matadero; y los que le siguen, le acompañarán con el dolor y la pena.

Su silencio es misterioso, y es como si guardase todo en su Corazón, para llevárselo al Señor.

En su Corazón misericordioso está la humanidad perdida.

Y aún, su Corazón será la Semilla de la nueva humanidad.

Síganle hasta el fin.

c. EL CORDERO DE DIOS

"Al día siguiente, de nuevo estaba allí Juan con dos de sus discípulos. Al ver que Jesús iba pasando, dijo: 'Ese es el Cordero de Dios.' Cuando lo oyeron esos dos discípulos, siguieron a Jesús. Se volvió Jesús y, al ver que lo seguían, les preguntó: '¿Qué buscan?' le contestaron: 'Rabbi (o sea, Maestro), ¿dónde vives?' Jesús les dijo: 'Vengan y verán.' Fueron y vieron donde vivía. Eran como las cuatro de la tarde y se quedaron con Él el resto del día."
Jn 1,35-39

Cuando les presenté al Mesías, a mis discípulos, pensé por un instante; aún pregunté, ¿qué iban a hacer ellos?

Ellos respondieron como lo debían hacer en aquel momento, ya no necesitaban nada de mí; se les abría un nuevo camino y yo me quedaba por detrás, como si caminase un fatigado que no sabe soportar el ritmo de los caminantes.

¿Qué puedo pensar yo, si viví por Él y lo que hacía, lo hice pensando en Él?

El encuentro con Él, para mí, fue como dejar de caminar; y para mis discípulos, que tampoco eran míos, fue como recién comenzar.

Me quedo aquí, y que ellos se vayan con Él; que su camino esté marcado con la bendición jamás soñada por ellos; pues, Él supera las esperanzas.

Mi vida, de repente, es como si estuviese cansada.

¿Qué es lo que me pasa, si nada es mío?

Se han ido mis discípulos; ahora estoy solo aún más que en aquel tiempo cuando comencé en el desierto, en los días de los primeros discípulos, antes de que apareciese la gente.

Que mi soledad se llene de ti, Jesús; cuando más solo estoy, me pareces aún más grande; estás tan dentro de mi corazón.

Los discípulos van contigo, y yo me quedo.

Entre las cosas que quedan por cumplir al hombre, no hay otra más grande que poder presentar a Jesús, a los hombres que caminan aún sin saber adónde dirigirse ni qué hacer.

Pero para poder hacerlo, Él debe ser muy grande en nuestro corazón; entonces la palabra vale y la voz llega.

Yo, tan pequeño, pude decir a los discípulos que siguiesen a Jesús; ¿qué más puedo esperar?

En todos los caminos de los hombres, hasta en medio de los caminos torcidos y tristes, la única palabra que vale es la que muestra a Jesús, pero dicha con tanta fuerza, que despierte el deseo más profundo de seguirle.

Tan sólo hay que seguir a Él, y lo demás se encuentra en este seguimiento; no todos lo comprenden, pero es así.

Cuando les presenté al Mesías a mis discípulos, ellos sólo en parte entendieron el camino que les esperaba; no obstante, estaban dispuestos a seguirle; porque la gracia del Señor

tiene que ver con eso que, de repente, se prende la luz y no hay fuerza que nos detenga; entonces, que le sigan al Mesías. En todo ese tiempo, el Señor me iba enseñando a vencer mi vida, para poder encontrarme con Jesús; pero ahora, les toca a ellos, por algo más grande aún; es que sus pasos ya están iluminados.

Que lleguen al Monte Sagrado en la hora que les espera; que lleguen con las luces prendidas del Señor, en sus corazones. Benditos sus pies que caminan a la par con el Mesías; hasta el polvo es bendito, si es de aquel camino hacia el Monte. Miro de lejos lo que ellos verán; ahora ya me quedo. No hay más descanso en mi corazón; estaré soñando con Él y con aquellos que le acompañan.

PREFACIO	3
1. EL GRITO DESDE EL DESIERTO	5
a. fue al desierto	5
b. empezó a predicar	7
c. raza de víboras	10
d. ¿qué debemos hacer?	14
e. las dudas y preguntas	16
f. está preso	19
g. vino Él también	23
2. EL TESTIMONIO DE JESÚS	25
a. los ciegos ven	25
b. el mensajero	28
c. ¿responderán a Jesús?	32
3. YO LO HE VISTO	37
a. yo soy la voz	37
b. el más grande	41
c. el Cordero de Dios	44

